V Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Dejándolo todo lo siguieron

Las tres lecturas de hoy nos presenta a tres hombres: Isaías, Pedro y Pablo. Tres personajes escogidos por Dios, llamados por Dios, que supieron responder a Dios: "Aquí estoy, Señor. Envíame", le respondió Isaías, a quien vemos en la Primera Lectura (Is. 6, 1-8); en el Evangelio vemos a Pedro, acompañado de Santiago y Juan, quienes "llevaron las barcas a tierra, y dejándolo todo, lo siguieron (Pedro, Santiago y Juan)" (Lc. 5, 1-11)y, en la segunda Lectura vemos a Pablo, que en el camino de Damasco le dice al Resucitado: "¿Qué debo hacer, Señor?" (Hech. 22, 3-16).

La experiencia de Pedro guarda una profunda semejanza con la del profeta Isaías, descrita en la primera lectura. En una visión Isaías se encuentra cara a cara con Dios, el Santo. Ante el Señor percibe con intensidad la realidad de su propio pecado, su impureza y su indignidad ante la elección divina: «¡Ay de mí, estoy perdido!», exclama Isaías. El temor se apodera de él. ¡La santidad de Dios denuncia su impureza, su pecado! ¿Cómo puede lo impuro mantenerse en la presencia del Santo? Pero Dios procede a retirar su culpa y purificar sus labios con una brasa ardiente. Si bien Isaías no es digno, Dios lo hace digno, lo purifica para que pueda responder al llamado y a la misión de hablar en su Nombre.

Tampoco Pedro se considera digno de estar en la presencia del Señor Jesús, de seguirlo. Pero el Señor Jesús no se detiene ante el pecado de Pedro. Él conoce bien de qué barro está hecho, conoce sus pecados, sus miserias y debilidades, sabe perfectamente que no es digno de Él, incluso sabe que lo va a negar y traicionar, pero su mirada va más allá de todo eso: el Señor Jesús mira su corazón, sabe que ha sido formado desde el seno materno para ser "pescador de hombres", para ser apóstol de las naciones, para ser "Pedro", la roca sobre la que va a construir su Iglesia, y teniendo todo ello en mente lo alienta a no tener miedo de mirar el horizonte y asumir la grandeza de su vocación y misión.

Vencidos sus temores por la confianza en el Señor, Pedro respondió con generosidad al llamado del Señor: dejándolo todo, lo siguió. Dejando su oficio de pescadores y a sus padres lo siguieron también los demás apóstoles allí presentes. También Isaías, vencidos sus temores y obstáculos, mostró esa disponibilidad total para hacer lo que Dios le pedía: "Aquí estoy, envíame", "¿Qué debo hacer, Señor?".

Esos miedos y temores que experimentó, Isaías y Pedro están también muy presentes en nuestras vidas. El seguimiento del Señor causa temor: el temor de comprometerse hasta el fondo y de por vida con Él, el miedo de no saber por dónde nos puede llevar ese compromiso o cuánto nos va a exigir, el miedo de no ser yo quien controle mi propia vida según mis planes, el miedo enorme de dar ese "salto al vacío" que tantas veces exige la fe, de ese decirle al Señor, "aquí me tienes, hágase en mí según tu palabra". ¡Cuántos siguen al Señor "de lejos", y cuántos se

echan atrás cuando el Señor les muestra un horizonte más grande, cuando los invita a renunciar a su comodidad, a sus planes, a sus seguridades, para lanzarse a la gran aventura de seguir lo que Dios les pide, de someterse a lo inseguro, e incluso a lo doloroso, para cooperar con Él a cambiar la vida o el mundo, según su Evangelio!

También a nosotros el Señor, profundo conocedor del corazón humano, nos dice: "¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo a la verdad sobre ti mismo, esa verdad que requiere que mires cara a cara y aceptes con humildad tu propia debilidad, tu miseria e incluso tus pecados más vergonzosos y terribles, pero verdad que va más allá de tu "soy pecador"! Jesús hoy nos dice: ¡No tengas miedo de descubrir en Mí tu propia grandeza y dignidad, tu verdadera identidad, el sentido de tu vida, tu vocación y tu hermosa misión en el mundo!"

El Señor te alienta a no tener miedo de la verdad de ti mismo, pero de la verdad completa, íntegra, aquella que sólo Él puede revelarnos en toda su altura y profundidad, en toda su grandeza y plenitud. Y sí, descubrir la propia grandeza da miedo porque trae consigo una serie de exigencias, trae consigo la necesidad de responder a esa grandeza. Da miedo ser lo que uno está llamado a ser, da miedo quebrar todo límite mezquino, romper las barreras que uno mismo se ha impuesto por largo tiempo y despojarse de toda falsa seguridad para lanzarse a conquistar día a día, con entusiasmo y coraje, el horizonte de santidad y plenitud humana que el Señor Jesús nos propone a cada uno.

Que la intercesión de María… nos alcance la gracia de no tener miedo y responder al Señor generosamente a lo que nos pide cada día, como Ella: 'hágase en mí según tu palabra'…

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)